

ESCENA IV

Una calle.

Entran ROMEO, MERCUCIO, BENVOLIO, con cinco o seis enmascarados, portadores de antorchas y otros.

ROMEO.- ¡Qué! ¿Recitamos este discurso en excusa nuestra, o penetramos sin pretexto alguno?

BENVOLIO.- ¡La época rechaza ya esos circunloquios! No vamos ahora a llevar a Cupido cubierto con una venda y en la mano un arco tártaro, hecho de un listón de madera pintada, asustando a las amas como un espantapájaros, ni tampoco a anunciar nuestra entrada con un prólogo sin libro, pronunciado desmayadamente por el apuntador. ¡Que nos midan como quieran! Nosotros bailaremos unos compases y nos vamos.

ROMEO.- ¡Dadme una antorcha! No estoy para esos contoneos; y, pues me encuentro tenebroso, debo llevar la luz.

MERCUCIO.- ¡Cómo, gentil Romeo! ¡Queremos que bailéis!

ROMEO.- ¡No, creedme! Vosotros lleváis zapatos de baile, con suelas ligeras. Yo tengo el alma de plomo, que me deja clavado en el suelo sin poderme mover.

MERCUCIO.- ¡Sois un enamorado! ¡Pedidle a Cupido os preste sus alas, y remontaos con ellas hasta las cumbres!

ROMEO.- ¡Demasiado cruelmente herido estoy por su flecha para que pueda remontarme con sus leves alas; y tan postrado me tiene, que no puedo elevarme más allá de la negra pesadumbre! ¡Caigo agobiado bajo la carga abrumadora del amor!

MERCUCIO.- ¡Pues como caigáis encima, aplastaréis al amor con vuestro peso! Es mucha opresión para tan tierno ser.

ROMEO.- ¿Tierno ser el amor? ¡Demasiado áspero, demasiado rudo, demasiado violento, y pincha como el abrojo!

MERCUCIO.- Si el amor es áspero con vos, séd vos áspero con él; si os pincha, pinchadle, y acabad por rendirle. ¡Dadme un estuche donde poner mi rostro! (Colocándose un antifaz.) ¡Una careta para otra careta! ¿Qué me importa que algún ojo curioso advierta ahora mis deformidades? ¡He aquí estas mejillas postizas, que se ruborizarán por mí!

BENVOLIO.- ¡Vamos, llamad, y adelante! Y tan pronto como entremos, que cada cual se cuide sólo de sus piernas.

ROMEO.- ¡Una antorcha para mí! ¡Los livianos de corazón risueño hagan cosquillas con sus talones a los insensibles juncos! Por mi parte, me

atengo al refrán del abuelo: «Yo seré portacandela y miraré.» «La partida no se presentó nunca tan bella, y yo la abandono».

MERCUCIO.- ¡Bah! «El caballo bayo es ratón», que dijo el corchete. Si eres caballo bayo, te sacaremos de ese barrizal de tu reverendísimo amor en que te hallas hundido hasta las orejas. ¡Vamos, que estamos alumbrando a la luz del día, eh!

ROMEO.- No, eso no es así.

MERCUCIO.- Quiero decir, señor, que con estas dilaciones consumimos en vano nuestras luces como lámparas en pleno día. Advierte nuestra buena intención, pues nuestro juicio está cinco veces en ella antes que una sola en nuestras potencias.

ROMEO.- Y nuestra intención de concurrir a esa mascarada es también buena; pero constituye una falta de juicio.

MERCUCIO.- ¿Por qué? ¿Puede saberse?

ROMEO.- Tuve un sueño anoche...

MERCUCIO.- Y yo otro.

ROMEO.- Bien; y ¿qué soñasteis?

MERCUCIO.- Que los soñadores suelen mentir.

ROMEO.- Dormidos en su cama en tanto sueñan cosas verdícas.

MERCUCIO.- ¡Oh! Ya veo, pues, que ha estado con vos la reina Mab. Es la partera de las ilusiones, y llega, bajo un tamaño no más grueso que el ágata que brilla en el dedo índice de un regidor, arrastrada por un tronco de atomísticos corceles, a pasearse por las narices de los hombres mientras están dormidos. Los radios de las ruedas de su carroza están fabricados de largas patas de arañas; la cubierta, de alas de saltamontes; las riendas, de finísima telaraña; los arneses, de húmedos rayos de luna; su látigo, de un hueso de grillo; la tralla, de una hebra sutil. Su cochero, un pequeño mosquito de librea gris, ni la mitad tan grande como el redondo gusanillo que se extrae con la punta de un alfiler del perezoso dedo de una doncella. Su carroza es una cáscara de avellana, labrada por la carpintera ardilla o el viejo gorgojo, desde antiguos tiempos artifices de carruajes de hadas. Y en ese tren galopa, noche tras noche, por los cerebros de los enamorados, que en seguida sueñan con amores; sobre las rodillas de los cortesanos, que al punto sueñan con reverencias; por los dedos de los de los abogados, que al instante sueñan con minutas; sobre los labios de las damas, que acto seguido sueñan con besos, labios que Mab, enfurecida, infecta a menudo, atormentándolos con ampollas, por haber viciado el aliento con golosinas aromáticas. Algunas veces cabalga sobre la nariz de un palaciego, y entonces sueña que viente una promoción; y otras, con el rabo de un lechón del diezmo, cosquillea en la nariz de un párroco mientras

está dormido, e instantáneamente sueña en la prebenda inmediata. También se la ve pasear por el cuello de un soldado, y al momento sueña con degüellos de enemigos, brechas, emboscadas, hojas españolas, brindis y tragos de cinco codos. Y entonces suena de repente el tambor en sus oídos, con lo cual él da un salto y se levanta, y con semejante susto reniega una oración o dos y se duerme de nuevo. Esta Mab es la misma que trenza las crines de los caballos en la noche y congutina las greñas de los duendes en sucios y feos nudos, que una vez desenmarañados pronostican grandes desventuras. Esta es la bruja que, cuando las doncellas duermen de espaldas, las oprime y las enseña a resistir por primera vez, haciendo de ellas mujeres de buen llevar. Esta es la...

ROMEO.- ¡Silencio! ¡Silencio, Mercurio, silencio! Hablas sin ton ni son.

MERCUCIO.- Es verdad, hablo de sueños, que son los vástagos de una mente ociosa, engendrados únicamente por la vana fantasía, tan insustancial como el aire y más mudable que el viento que ahora acaricia el seno helado del Norte, y que, después de irritado, brama desde allí, volviendo la cara al Sur, destilador de rocío.

BENVOLIO.- Ese viento de que habláis nos aleja de nosotros mismos. La cena habrá acabado, y llegaremos demasiado tarde.

ROMEO.- Temo que demasiado temprano, pues mi corazón presiente que alguna fatalidad, todavía suspendida en las estrellas, comenzará amargamente su temible curso con los regocijos de esta noche y pondrá fin a la despreciable vida que encierra mi pecho por algún golpe vil de prematura muerte. Pero ¡que aquel que gobierna el timón de mi existencia gué mi nave! ¡Adelante, alegres caballeros!

BENVOLIO.- ¡Bate, tambor! (Salen.)

ESCENA V

Salón en casa de Capuleto.

Músicos esperando. Entran Criados con servilletas.

CRIADO 1.- ¿Dónde está Cacerola, que no ayuda a servir? ¡Quitar él un plato! ¡Fregar él un plato!

CRIADO 2.- Cuando los buenos modales están en las manos de uno o dos